

Devorador de Sueños

Belén Montoya



Capítulo 1

Sinopsis

Al caer la noche, la cafetería Bella Luna da por finalizada la jornada. Los baristas y meseros apagan las luces, bajaban las cortinas metálicas y cierran con llave, siempre antes de las nueve.

Y cuando la calle queda en silencio y no hay transeúntes a la vista, la luz de la tienda vuelve a encenderse, esta vez en un tono rosado-rojizo, que capta el interés solo de quienes la están buscando. La puerta se abre, el olor a café inunda, y sus trabajadores esperan para tomar el pedido. A esas horas se ofrece una única bebida; una que no encontraran en el menú. Si sabes su nombre, un gato saltará a la barra y sabrás que has sido escuchado. El animal explicará las condiciones del contrato y un devorador de sueños tomará el encargo.

Ellos harán cualquier deseo realidad, aun si es inmoral. Dinero, leyes, religión; nada de eso importa en el mundo onírico, por lo que las fantasías más salvajes son libres de desatarse.

Independiente de la profesión o el estatus, ellos cumplirán su labor sin juzgar, siempre que obtengan sus honorarios. Nadie los quiere de enemigo, pues si bien pueden construir tu mundo de fantasía, también pueden deformarlo y enterrarte en las más viles pesadillas. Es su negocio, y son los mejores en ello.

Dicho lo anterior, ¿Te gustaría solicitar sus servicios?

Capítulo 2

Un encuentro de lo más extraño

Parte 1

.

No bien las puertas del bus se abrieron, Mariana descendió y emprendió su apresurada caminata hacia el hospital. Esquivó gente y cruzó la calle donde no correspondía, todo con tal de aprovechar cada segundo. Eran ya las dos con doce minutos, y el horario de visita terminaba a las tres.

—Hola, vengo a ver a Leonor Prada —saludó en el mesón, con el aliento raspándole la garganta—. Habitación 310.

La enfermera, que a esas alturas recordaba su rostro, le extendió el cuadernillo para que se inscribiera, y luego le dio la credencial correspondiente.

—¿Ha estado despierta hoy?

—Solo un rato, temprano en la mañana. Adelante, ya puedes pasar.

La habitación era la última del pasillo; un cuarto con cuatro camas, de las cuales dos estaban siendo utilizadas. En una de ellas se encontraba la señora Matilda, una mujer entrada en edad que se fracturó la cadera al resbalarse en la ducha; y en la otra estaba Leonor, su abuela, por quien había sacrificado su horario de colación. Saludó a Matilda y a su esposo, Gastón, que estaba ahí cada día, sin excepción.

—Hola, vieja. —Mariana le acarició el cabello a su abuela, como si fuera lo más delicado del mundo.

Sabía que no recibiría respuesta, pero a esas alturas ya se le había hecho un hábito hablar con ella. Le contaba su día en el trabajo, lo que había visto en el camino y lo que planeaba comer después de salir del hospital, invitándola a acompañarla una vez que le dieran el alta.

Esa inocente fantasía siempre hacía que sus ojos se acumularan de lágrimas, las que dejaba caer en silencio y a escondidas de los demás presentes.

—Mi niña —le habló Matilda, tomándola desprevenida—. Tu tía me pidió que te dijera que dejó un sobre ahí para ti. Te estuvo esperando por un

largo rato antes de que llegaras.

Lo dudaba, pero suponía que la señora Matilda intentaba ser amable.

Mariana le dio las gracias y tomó el sobre de la mesita de noche. No tenía la necesidad de abrirlo porque ya sospechaba lo que ponía, y doblándolo por la mitad lo guardó en su mochila. Miró a su abuela y apretó su mano, arrugada y cálida, y se obligó a pensar que todo iría bien. Llevaba un par de años desarrollando demencia, y había alcanzado tal nivel que apenas era capaz de mantener una conversación y de valerse por sí misma. Fue ingresada al hospital una semana atrás, cuando en un arrebato intentó escapar de su cama y cayó de cabeza, causándose una contusión. Desde entonces eran escasos los momentos en los que estaba despierta, y Mariana no había sido testigo de ninguno de ellos.

—Saldremos a dar una vuelta —le informó Gastón, ayudando a acomodar a Matilda en su silla de ruedas.

—Pásenlo bien.

Al verse sola, Mariana pudo por fin relajarse un poco, tomando asiento y acomodando la cabeza junto a las manos de su abuela. Estaba tan cansada; llevaba una semana comiendo mal y durmiendo aún peor. Desde que consiguió el trabajo nocturno en la bencinera apenas tenía tiempo para descansar, pero era un mal necesario, de otra forma no tendrían cómo costear la hospitalización. Su tía ponía una mitad, y ella y su mamá la otra. Ambas se estaban partiendo el lomo, y apenas lograban cubrir lo que les correspondía, mientras que la cuenta del hospital no hacía más que crecer. El sobre que su tía le había dejado seguramente lo confirmaba.

Y lo angustiante era que su abuela no parecía mejorar. Estaba perdida en un sueño que no la incluía, y a Mariana se le rompía el corazón de solo pensarlo.

Los párpados se le hicieron pesados, y la suave respiración de Leonor acompasó la de Mariana. Por breve que fuera, ella quería quedarse ahí, sin tener que pensar en si iba a llegar tarde a su siguiente turno o no. A salvo, con la mano de su abuela sobre su cabeza... ahí es donde quería estar.

Uno no se da cuenta del momento exacto en el que se queda dormido. Los científicos lo miden en etapas, las primeras más cortas y las siguientes más largas. Hablan de ondas cerebrales, de movimientos de los ojos, de relajación muscular..., pero al final todo a se resumía a una sola cosa: Abandonar el estado de vigilia. Era el momento en que la conciencia comenzaba a distorsionarse, generando alucinaciones, pensamientos extraños y emociones intensas; lo que se conocía como

soñar.

Y algunas personas, de manera intencional o no, podían darse cuenta de ese momento.

Para Mariana era una simple casualidad. Por lo general, en medio de un sueño se percataba de que nada de lo que estaba viviendo era real. Las ciudades eran inventadas, así también las personas que se cruzaba y la ropa que vestía; todo era una creación en su mente, del cual ella sacaba provecho. Era divertido, incluso vigorizante, pero debía tener cuidado. Si se emocionaba demasiado, despertaría. Ya le había ocurrido antes, por lo que intentaba evitarlo.

Pero en esta ocasión se sintió diferente. Su conciencia se desvanecía lentamente, como si se hundiera en una piscina, haciendo que sus movimientos fueran aletargados. No obstante, era reconfortante, aunque no terminaba de entender lo que estaba pasando.

«Quiero ir a la superficie», pensó, y como si una fuerza la impulsara hacia arriba, Mariana ascendió y salió de su letargo. Ahora estaba en un espacio blanco e impoluto, como un lienzo, sin nada a sus alrededores salvo sí misma. Aquello era nuevo.

Se miró las manos y se sintieron extrañamente reales. Por instinto se mordió uno de los dedos, para comprobar si dolía o sangraba, cosa que no ocurrió. No había duda de que estaba dormida. Quiso probar a crear algo en ese espacio vacío, sin embargo cada una de sus ideas se desmaterializaba en el acto. Imaginó un parque, rodeado de frondosos árboles y lleno de personas, pero nada. No bien daba origen a algo, desaparecía.

«Calma, no te asustes», se dijo, segura de que su corazón se estaba acelerando. «Es solo un sueño».

Cerró los ojos y se obligó a respirar. Al volver a abrirlos se sorprendió al ver una puerta frente a ella, una que no había sido obra suya.

No la consideró peligrosa, sin embargo. Se le acercó y giró la perilla con confianza, aliviada de ver un nuevo escenario del otro lado. Parecía un carnaval, con muchas personas de todas las edades y un radiante sol en lo alto del cielo.

Un chiquillo chocó con ella y se disculpó, siguiendo su camino. Para Mariana acababa de ser la experiencia extracorporal más rara de su vida, ¿en serio estaba soñando?, ¿cómo era posible que sintiera el golpe? Otra vez se mordió el dedo, y nada. Lo que estuviera pasando iba más allá de

su entendimiento.

—¡Señorita! —llamó un vendedor—. Tenga, estamos regalando manzanas caramelizadas. ¡Disfrute!

—Gracias...

Nunca había probado una antes, y se la llevó a la boca con curiosidad, solo para descubrir que no sabía a nada. No era dulce ni salada; ni dura ni blanda. Si el aire tenía sabor, Mariana sospechó que debía ser como aquella manzana.

El vendedor le sonrió y siguió regalando manzanas. Ella no se movió de su lugar, todavía extrañada con lo que estaba ocurriendo. Había tenido sueños lúcidos antes, sabía reconocerlos, mas no podía quitarse de encima la sensación de estar viviéndolo por primera vez. Todo ahí se sentía ajeno a ella... como si lo estuviera viendo desde fuera.

Los megáfonos, que se sostenían en lo alto de las farolas, empezaron a emitir una alegre tonada, y después una voz femenina anunció que iniciaría el gran evento de la jornada.

—Estimados súbditos, quedan todos invitados al desfile realizado en honor a su majestad, el querido rey Julián —informó—. ¡Acérquense a saludar a nuestro señor! ¡Regocíjense con su presencia!

Arrastrada por el gentío, Mariana se desplazó hasta la avenida principal, sin perder ojo de sus alrededores. En el cielo, una infinidad de globos de animales bailaban y celebraban; y entre los tejados, los acróbatas se balanceaban en columpios de cristal e intentaban caminar sobre cuerdas invisibles. En las calles estaban los payasos; algunos hacían malabares y bromas, otros lanzaban confeti y dulces. Era mágico, y lo más hermoso que Mariana había visto en su corta existencia.

En un misterioso juego de luces, el sol se ocultó y dio la bienvenida a una colorida luna, que parecía estar hecha de azúcar.

—Fieles vasallos del reino —exclamó un hombre bien vestido, de traje ceremonioso y sombrero de copa—. Hoy nos reunimos para celebrar el cumpleaños del rey Julián, el primero con el nombre, señor de sueños y pesadillas, y protector de todo lo que toca el sol y la luna.

Las estrellas en el firmamento formaron una pantalla, y en ella se podía ver al tan aclamado rey. Era un niño de no más de seis o siete años, ataviado en un traje elegante y formal, con medallas en su pecho y una corona más grande que su cabeza. A su lado había una niña aún más pequeña, de rizos dorados y vestido pomposo, que aplaudía de la

emoción.

Mariana estaba extasiada con ellos. El chiquillo ponía un semblante serio y saludaba sus súbditos con toda la magnificencia de la que era capaz. Dio un discurso sin sentido que recibió aplausos de la multitud, dando inicio así al desfile de carros alegóricos. Él y la princesa iban en uno de ellos, en el medio, celebrados por los espectadores. Cuando pasaron frente a ella, Mariana aplaudió como los demás, pero de pronto su cuerpo quedó congelado, incapaz de mover un solo pelo.

Alzó la vista —fue lo único que pudo hacer— y con terror vio que al otro extremo de la calle la estaban vigilando. Era el locutor de antes, quien había presentado al rey. La miraba directo a los ojos y ella no se atrevió ni a pestañear.

Tuvo miedo.

El extraño hombre comenzó a cruzar la calle, y la gente no se mostró preocupada por el hecho de que pudiera atravesar los carros que se interponían en su camino. A Mariana se le aceleró el corazón, podía sentirlo latir, incluso estando “dormida”, y no pudo evitar querer despertar. Él estaba a pocos pasos de alcanzarla cuando, en un arrebató, imaginó que su cuerpo era envuelto en llamas, logrando liberarse de la contención de la que era víctima. Toda ella era fuego, pero no quemaba ni dolía. El hombre se detuvo, observándola con curiosidad. Era como si estuvieran solos en ese extraordinario mundo.

—¿Quién eres? —preguntó. Sus rasgos eran borrosos.

—¿Quién eres tú? —devolvió ella—. ¿Qué eres tú?

Mariana no estuvo segura, pero creyó haber visto al desconocido sonreír. Su cara se distorsionaba cada vez más, al igual que el resto del sueño. Reconoció la sensación: estaba despertando.

El hombre se sacó el sombrero e hizo una pequeña reverencia.

—Volveremos a vernos —sentenció.

La sensación de irrealidad la golpeó de frente y antes de darse cuenta fue empujada bajo el agua otra vez. Se hundía, sin poder detenerlo, enterrándose en una profunda oscuridad. Se agitó para salir de ahí, cada vez más angustiada.

Y entonces despertó.

Se incorporó violentamente, todavía asustada. La señora Matilda, que estaba en su cama, se alertó al verla así y le preguntó si se encontraba

bien. Mariana intentó decirle que sí, pero las palabras se arremolinaron en su boca. ¿Qué fue todo eso? Jamás había experimentado un sueño lúcido como ese. Miró como sus manos temblaban sin control.

—¿Necesitas que llame a una enfermera? —preguntó. Su preocupación era genuina.

—No, yo... —Observó fuera de la ventana, notando que el sol comenzaba a esconderse—. ¿Qué hora es?

—Oh, linda, llevas dormida varias horas. Pronto serán las seis de la tarde. Una enfermera vino a despertarte, pero te veías tan cansada...

Habían pasado más de tres horas, que para ella se sintieron como pocos minutos. No podía creerlo. Se despidió con torpeza de la señora Matilda, y dándole un beso en la frente a su abuela salió del hospital. Su cuerpo se sentía raro; desincronizado. No podía quitarse de la cabeza al extraño hombre de su sueño.

«Volveremos a vernos», recordó que dijo, y un escalofrío le recorrió la columna. No había sonado como una amenaza, sino como una promesa.

Una que Mariana temía iba a cumplirse.

.

.

iGracias por leer!

Agradeceré cualquier sugerencia que puedan bringarme, todo me sirve para seguir aprendiendo. Nuevamente gracias por tomarse el tiempo de leer hasta aquí, ¡Saludos!